

revista
de
ciencias sociales

Año 2, número 7

julio-septiembre, 1994.

La práctica del voto

Precio: N\$ 10.00

Educación especial

El SNTE ante la modernización educativa

Hicieron posible este número, alumnos, profesores e investigadores de la UABC adscritos a las facultades de Ciencias Humanas, Derecho en Tijuana, Economía, Institutos de Investigaciones en Ciencias Veterinarias e Instituto de Investigaciones Sociales; Instituto de Investigaciones Jurídicas, UNAM; y Universidad Pedagógica Nacional en Mexicali.

Universidad Autónoma de Baja California

El 68: Encrucijada por la democracia

Cuauhtémoc López Guzmán*

Amor y paz, frase que identifica a la década de los sesenta. El rock y la libertad sexual, enunciaciones que parecían sólo hechas para trastocar los principios morales, religiosos y filosóficos.

Se creía que estos jóvenes mexicanos que despertaban con las consignas de moda en los países ricos serían meros gritos de rebeldía generacional.

Pronto se vio cómo los cambios socioeconómicos de los cuales eran producto toda una generación de jóvenes mexicanos cuestionaron y atacaron al mismo modelo de crecimiento y control del cual ellos eran beneficiarios.

La característica central de los actores políticos y líderes estudiantiles radica en el hecho de su origen social medio; por ello condujeron esa rebeldía, al principio moral y social, al ámbito político,

ahí donde el sistema se topaba con ciertos anacronismos que no permitían la aparición de nuevos actores e interlocutores sociales.

Amor y paz fue la frase que identificó a una generación, que creció con un desarrollo industrial acelerado y en paz social, la cual se expandió con las oportunidades que el sistema le proporcionó; la paz estaba garantizada por el PRI y el gobierno. La proeza de conservar estabilidad y crecimiento aseguró un respeto en el extranjero y la garantía de ser un gobierno aceptado por la gran mayoría.

1968 fue una ruptura parcial con el sistema. Expresó dos cosas: una, la paz podía ser alterada y no por cuestiones de libertad sexual sino por demandas para liberalizar el sistema político en su con-

junto; y dos, enseñó que esta paz la alteraban no unos despojados, reprimidos y explotados obreros; quien la alteraba era un grupo educado altamente politizado y con gran capacidad de movilización y organización.

Surgió entonces un divorcio social e ideológico entre esas formas autoritarias, demagógicas y excluyentes del Estado posrevolucionario contra la demanda participativa, democrática y de apertura.

Aunque el gobierno de Díaz Ordaz, apresurado por arreglar la imagen debido a las olimpiadas, no pudo evitar el doble cuestionamiento incitado en la sociedad mexicana y en el mundo. La pregunta del porqué del asesinato de cientos de estudiantes y la del porqué del movimiento.

Para el gobierno de México sólo fue una revuelta.

Sin embargo en 68 algo se rompió en el llamado sistema político mexicano, en esa amalgama de instituciones y costumbres. El 68 mostró al mundo que en ese México de la estabilidad, del crecimiento alto y sostenido, de la modernización, ciertos rasgos de un gobierno autoritario echaban raíces, éstos salieron a la superficie en aquel verano y otoño del 68.¹

Para quienes masacraron y reprimieron al movimiento allí terminó, éste feneció al fuego de la metralla, pero quedó el fantasma que ronda el espíritu de miles de jóvenes intelectuales, políticos y luchadores sociales. El 68 es un parteaguas entre una tradición despótico-autoritaria contra un anhelo liberal-democrático. Este parteaguas ha suscitado un intenso debate nacional, un amplio y abierto arremeter estudiantil y ciudadano contra esas costumbres y estilos políticos tradicionales. 68 expresó una desincronización entre Estado y sociedad; dos lenguajes que no se comprendían, serían acaso responsables de una nueva revolución. Los movimien-

*Licenciado en administración pública y ciencias políticas. Actualmente estudia la maestría en economía internacional en la Facultad de Economía de la UABC.

¹Reyes Heróles, Federico. *La democracia difícil*, Editorial Grijalbo, p. 147.

tos que desencadenó el 68 para algunos eran la antesala de esa nueva revolución.

La crisis de legitimidad que experimentó el Estado mexicano antes, durante y después del 68 propició un rompimiento social. Esta crisis generó un proceso de cuestionamiento ideológico que se expresó en el terreno político a través de la izquierda y en los espacios estudiantil, intelectual y guerrillero.

Con el 68 aparecieron un nutrido grupo de intelectuales y líderes estudiantiles que iniciaron el cuestionamiento, análisis y caracterización del sistema político mexicano, la revolución mexicana, el Estado y su partido. La preocupación central era entender por qué siendo un gobierno autoritario gozaba de un amplio consenso y continuidad, sin resquebrajamiento políticos graves ni convulsiones clasistas que derrocaran al régimen.

Por su parte, el grupo gobernante se sensibilizó con la tragedia, la afinidad de origen académico y social ayudó a que al interior del gobierno se ampliaran los márgenes de negociación y participación a fin de evitar otro suceso similar.

México inició a partir de esa fecha una intensa reflexión sobre sí mismo para descubrirse y comprender las más entrañables motivaciones del movimiento político y de la reacción gubernamental que desembocó en tragedia.²

Nunca antes el Estado posrevolucionario había sufrido una crisis de legitimidad de tal magnitud. Reiniciar el proceso de establecimiento de nuevos elementos que permitieran conservar la hegemonía y sostener la credibilidad en las acciones y las propuestas se convirtieron en el objetivo del gobierno de Echeverría.

Con él se iniciaron una serie de reformas que consiguieron atacar el problema no sin antes desarticular a la guerrilla, la cual incitaba al cambio radical y profundo. La izquierda, responsable de las

posiciones más revolucionarias, tuvo que ser escuchada e integrada en ciertos casos al mismo equipo gobernante.

La reforma así concebida hizo que el gobierno rescatara legitimidad al expandir los espacios de participación y flexibilizar el reacomodo ideológico de diversos sectores y en distintos partidos, incluso algunos intelectuales ocuparon prominentes puestos de representación política o como asesores y funcionarios de alto nivel.

Una reforma bien lograda hizo regresar a la férula del régimen a los sectores medios —intelectuales y universitarios en particular— literalmente masacrados en 1968 al intentar establecer un espacio democrático frente al sistema gubernamental. Dicha apertura no fue solamente para la *intelligentsia*, lo fue también para las corrientes políticas de oposición, a derecha e izquierda y para el sindicalismo independiente larga y duramente reprimido por su parte.³

El panorama en el cual se aplicó la reforma echeverrista halló un embate ideológico cargado de fuertes resentimientos antigobiernistas, y sobre todo cargado de un dogmatismo izquierdista en voga, resultado de la simpatía por la revolución cubana y sus enfrentamientos con el imperialismo norteamericano; los movimientos de independencia

cana estaba fragmentado con base en el origen histórico del revolucionario o a la voga teórica de algún intelectual, europeo generalmente.

El momento en que se da esta fragmentación de la ideología de izquierda en cuanto a su variedad de interpretación teórica sirvió para que muchos ideólogos, académicos e intelectuales inauguraran una interpretación y análisis del momento histórico que protagonizaron; por entender el cambio revolucionario como una receta universal, algunos vislumbraron los esporádicos movimientos políticos y la desigualdad social de México como aspectos que arrastrarían al derrocamiento del sistema capitalista y del gobierno priista en nuestro país.

Otros más desarrollaron interesantes análisis, deducciones e interpretaciones —algunos desde la cárcel— de nuestro régimen, del Estado posrevolucionario y de su carácter *sui generis*. Hoy esos pioneros se hallan en la palestra del escenario intelectual, por ser precisamente quienes, convulsionados e intrigados por la naturaleza y origen del Estado mexicano, lograron deducir los elementos centrales y contradictorios de este tipo de Estado, y aportaron una enorme contribución a la sociología y a la ciencia política.

Después de presentar un panorama global requerimos centrarnos en la intención del ensayo; es decir, cómo el 68 representó un encrucijada para la democracia mexicana; de qué manera esta encrucijada pudo ser resuelta y de qué manera se crearon los elementos que la originaron.

Primero citamos que la ausencia de nuevos mecanismos de resolución y de representación trababan el flujo de demandas propiciado por la estructura social y el mismo crecimiento económico.

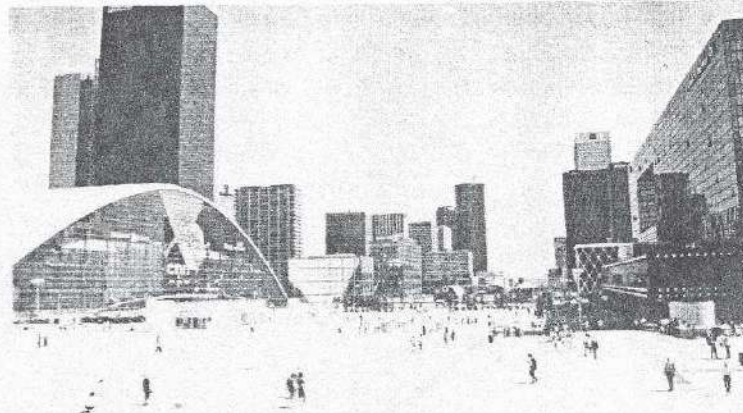


Foto: Luz Mercedes Romero

y liberación nacional. Castro, el Che Guevara, Ho Chi Min y, en fin, una serie de coyunturas que a los jóvenes atraían por ser propias del cambio que ellos promulgaban. Así, el espectro político-ideológico de la izquierda mexi-

²op. cit. p. 148.

³Zermeño, Sergio. "El fin del populismo mexicano", revista *Nexos* núm. 113, p. 31.

Segundo, que los procesos de culturización, urbanización e industrialización lograron lubricar más el fenómeno de la capilaridad social y que por ello nuevos actores lograron formar parte de diversos intereses sin ser por ello

sea en forma individual o grupal. Cuando esta participación demandó estructuras políticas más modernas se gestó el 68, entendido como el inicio de una crisis entre sociedad y Estado que todavía continúa.

Las respuestas parecieran indicar que en sí la reforma echeverrista logró contener los intentos radicales de cambio, contuvo también las impugnaciones del sector empresarial y sostuvo un carácter nacionalista y popular que en cierta forma redimió al gobierno como revolucionario.

La encrucijada se resolvió porque a nivel de representación y promoción

los partidos políticos hallaron un espacio de sobrevivencia como satélites del sistema, y los intelectuales, como los nuevos mesías o consejeros de los mesías. La democracia, como participación activa y consciente de la mayoría de la sociedad en México, quedó aplazada. La gran tarea de Luis Echeverría Álvarez fue demostrar la capacidad del sistema político y la adaptación generacional de la clase gobernante para conducir el cambio. Un cambio que quedó silenciado por una reforma para los protagonistas, los cuales eran capaces de alterar el sistema. De ninguna manera juzgamos que haya sido coartado el movimiento del 68; este movimiento existe aún; lo que resta aclarar es sólo el carácter estratégico de esta reforma, que si bien amplió los espacios y aumentó las posibilidades de la democracia o de más democracia, consiguió también postergar un movimiento que aún a 25 años de distancia sigue siendo inspiración del anhelo democrático que se plasmó en nuestra *Constitución*.

El echeverrismo diagnosticó correctamente las causas de aquel malestar y aplicó las consecuentes medidas correctivas, a las que bautizó con el nombre de apertura democrática. Se

abrieron entonces canales directos de acceso a los puestos de mayor responsabilidad política para aquella camada de jóvenes "contestatarios", empleos incluso en el grado de ministro y al margen, por lo regular, de los gastados mecanismos y la jerarquía del partido oficial. La apertura consistió también en un mejor trato para las universidades y una sustancial mejoría de sus subsidios.⁴

Recalcamos que el 68 originó un proceso que no ha parado, un parteaguas histórico por la democracia y una coyuntura singular para el entendimiento del Estado mexicano a nivel académico. Resulta, pues, insoslayable que el 68 sea analizado desde un punto de vista multidimensional. Este análisis nos lleva al cotejo de otros momentos históricos más recientes que hicieron brotar la demanda de democracia dentro de un cuadro similar de crisis de legitimidad y de credibilidad gubernamental.

Los espacios de participación y tolerancia no son los mismos; la revolución inició el cambio y su clamor fue la demo-

cracia; sin embargo se desvirtuó y el Estado mexicano adquirió otros rasgos. En el 68 el movimiento planteó la necesidad de volver al espíritu de la revolución y a su creación: la *Constitución* de 1917.

Muchas voces fueron suprimidas con una bala; algunas, coartadas en la cárcel y otras más, desde distintas trincheras de la razón y el diálogo, buscan seguir ampliando las perspectivas de la democracia mexicana. *✍*

⁴Zermeño, Sergio. "Adiós al 68", revista *Nexos*, p. 25.



Foto: Luz Mercedes Romero

contradictorios, sino complementarios del individuo (clubes, asociaciones civiles, sindicatos, frentes, partidos políticos, etcétera).

Tercero, el proyecto histórico, desde el triunfo de los revolucionarios, desestimó el componente democrático. La estructura social era más simple y homogénea. Con ello los intereses eran mucho más fáciles de detectar y resueltos con mayor prontitud.

Cuarto, la modernización que acarrea la sociedad industrial y la urbanización conllevan una reestructuración en la representatividad de intereses, una apertura a la expresión de nuevas opciones e ideas, y con ello la presencia de la sociedad en el Estado como elemento necesario en la toma de decisiones.

Quinto, dos proyectos se enfrentaron cuando la estructura política no dinamizó su funcionamiento. La sociedad y el movimiento estudiantil, como expresión de esta ruptura, se volvieron más contestatarios, lo que significó un replanteamiento de las prácticas políticas y de las demandas no cumplidas.

Sexto, la democracia, de ser una demanda global que pareciera algo muy subliminal, pasó por el sentido común en las experiencias que ante la autoridad el ciudadano no podía modificar, sugerir o participar. Así los componentes autoritarios fueron detectados al internarse dentro del ámbito estatal, ya



Foto: Harry Polkinhorn